

Las paradojas de lo escrito: placer y verdad en el discurso historiográfico. Conversaciones con

Roger Chartier

por *Patricia Flier** y *María Minellono***

No resulta necesario ni imprescindible presentar a los lectores e investigadores argentinos la figura de Roger Chartier, en razón de la amplia difusión y repercusión de sus textos, cursos y seminarios dictados en diversas universidades de nuestro país. Más allá de esta circunstancia particular, hemos pretendido realizar en esta ocasión, un recorrido a lo largo de su extensa producción bibliográfica, abordando cuestiones significativas para el campo de las Ciencias Sociales. Su presencia en el marco del Programa de Doctorado en Historia de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata, nos ha facilitado el comienzo de una serie de actividades conjuntas que el correo electrónico y su increíble generosidad han hecho posibles. Recordemos que Roger Chartier actualmente es Director de Estudios en la Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales de París e integrante de diferentes consejos editoriales.

*Historiadora. Investigadora del Centro de Investigaciones Socio Históricas de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la UNLP.

**Doctora en Letras. Investigadora del Centro de Investigaciones Socio Históricas de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la UNLP.

1) Luego de más de diez años durante los que Ud. ha escrito obras fundamentales¹ para la comprensión y el abordaje de la Historia de las mentalidades/ Historia de las ideas o Historia cultural, ¿cuál es el recuerdo de sus dificultades y/o sus logros en el proceso de apertura de la tradición de los *Annales* hacia relaciones más específicas e intrínsecas entre la Historia y las expresiones de la cultura escrita (las que ampliarían la categoría tradicional de documento o fuente), el acercamiento reflexivo hacia las diversas formas de representación literario-discursivas y la reificación textual de la realidad? ¿Sus primeras hipótesis partieron del reconocimiento de la crisis del estructuralismo y algunas categorías consideradas “duras” dentro del pensamiento marxista contemporáneo, y/o de la paradoja de la Historia como objeto simultáneo de investigación y de escritura?

No estoy tan seguro de haber escrito, como ustedes lo dicen muy amablemente, “obras fundamentales” durante los diez o los quince últimos años... El camino que seguí me condujo desde una práctica de la historia cultural heredada de la tradición historiográfica de los *Annales*, que proponía una aproximación fuertemente estadística, radicada en la historia social clásica, hacia una aproximación que hace hincapié en la materialidad de los objetos culturales y las modalidades de su apropiación por parte de sus usuarios (lectores, espectadores, oyentes, etc.).

En esta trayectoria algunos encuentros intelectuales fueron decisivos: por ejemplo, la crítica dirigida tanto a la historia de las mentalidades como a la historia cultural cuantitativa realizada por Ginzburg en el prólogo de *El queso y los gusanos*,² la definición del consumo cultural como producción silenciosa e inventiva, a partir de Michel de Certeau (en *La invención de lo cotidiano*),³ o las perspectivas de las corrientes de la crítica literaria que

¹ Nos referimos en particular a *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural* (1992), *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna* (1993), *El orden de los libros. Lectores, autores, bibliotecas en Europa en los siglos XIV y XVIII* (1994), *Escribir las prácticas. Foucault, de Certeau, Marin* (1996), *Pluma de ganso, libro de letras, ojo viajero* (1997), *Cultura escrita, literatura e historia. Coacciones transgredidas y libertades restringidas. Conversaciones de Roger Chartier* (1999), *Entre poder y placer. Cultura escrita y literatura en la Edad Moderna* (2000). *Las revoluciones de la cultura escrita* (2000).

² Guinzburg, Carlo, 1981. *El queso y los gusanos. El universo de un molinero del siglo XVI*, España, Muchnik Editores S.A.

³ De Certeau, Michel, 1996. *La invención de lo cotidiano. I. Artes de hacer*, México, Universidad Iberoamericana.

trataban de pensar la construcción del sentido de una obra, como el resultado de una relación dinámica y dialéctica entre las propuestas del texto y las categorías o expectativas de los lectores: así la fenomenología de la lectura, la estética de la recepción o el “*New Historicism*”.

Apoyándome en estas referencias intenté construir (con muchos otros investigadores por supuesto) un espacio de trabajo donde se ligaran necesariamente diversas aproximaciones que tradicionalmente se mantenían separadas: la crítica textual, que hace hincapié en las formas semánticas y materiales de los textos (o de las imágenes), la historia de las modalidades de producción, circulación y recepción de las formas simbólicas (para retomar historizándola la expresión de Cassirer), y una comprensión sociohistórica de las prácticas y las representaciones mediante las cuales los individuos o las comunidades se apoderan de estas formas simbólicas: discursos, palabras, imágenes, ritos, etc.

Se ve entonces que estas reflexiones no partieron del reconocimiento de la crisis del estructuralismo o de los límites de un marxismo rígido. Sin embargo, se cruzaron con estos dos elementos. En primer lugar, propusieron una comprensión de las desigualdades y los conflictos sociales que reconoce que las formas simbólicas no sólo traducen sino también producen el mundo social. En segundo lugar, aceptaron que la construcción del sentido o mejor dicho, de los sentidos de las producciones simbólicas, no son el resultado del funcionamiento automático e impersonal del lenguaje, sino de las apropiaciones que les dan sentido.

2) Partiendo de una categorización de la “historia del tercer nivel”, ¿cómo ve Ud. las relaciones entre la cultura de las mayorías y los pensamientos “cumbre” (generalmente asociados a los textos de los autores consagrados), los vínculos entre la literatura popular y la literatura letrada o erudita, así como las funciones autor-lector-editor?

La “cultura popular” focalizó en los años sesenta y setenta la atención de los historiadores franceses. Este interés condujo en el caso de la Francia del Antiguo Régimen, a la publicación de trabajos hoy clásicos sobre la “literatura popular”, identificada con el repertorio de los libros publicados por algunos editores (particularmente en Troyes y Rouen) para el público de los lectores

(u oyentes) más humildes de las ciudades y de los campos, y la “religión popular”, concebida como un conjunto de creencias y prácticas distintas o rebeldes a las normas impuestas por la Iglesia.

Una profunda reevaluación de las relaciones entre lo “popular” y la cultura letrada o erudita se radicó en dos observaciones. Por un lado, los materiales apropiados por los medios populares (textos, imágenes, creencias, ritos) no pueden ser considerados como “populares” en sí mismos. Por ejemplo, el repertorio de la “Bibliothèque bleue” no está constituido por textos escritos *por* autores plebeyos, ni siquiera *para* lectores populares, sino que está formado por obras dirigidas, en primer lugar, al público bien acomodado de los libreros, las que después fueron propuestas en ediciones baratas y mediante la venta ambulante de los buhoneros llegaron a mayor número de compradores. Lo importante entonces es comprender las apropiaciones diversas de estos objetos y textos compartidos.

Por otro lado, lo que caracteriza las prácticas culturales del Antiguo Régimen (pero a la sociedad de consumo contemporánea aun más) es la hibridación, el injerto o el mestizaje cultural. El esquema cronológico propuesto por Peter Burke⁴ y de una manera más brutal por Robert Muchembled⁵ que sitúa en el siglo XVII la represión y destrucción de una cultura popular que antes estaba floreciente, y si seguimos a Bakhtin, hegemónica, no me parece aceptable. En cada momento histórico, con variaciones impuestas por la fuerza desigual de los controles, la cultura popular (entendida aquí como el conjunto de percepciones, representaciones y prácticas de los medios que la historia social identifica como populares) fue aculturada y aculturante –es decir, que tuvo que someterse a las censuras y a las disciplinas impuestas por los poderes o los dominantes– pero también obligó a las instituciones o a las élites a negociar con sus herencias y sus formas. Es a partir de esta perspectiva que se profundizaron y se desplazaron las aproximaciones de las prácticas religiosas o de las lecturas populares.

⁴ Burke, Peter, 1991. *Cultura popular en la Europa moderna, 1500-1800*, Madrid, Alianza.

⁵ Muchembled, Robert, 1978. *Culture populaire et culture des élites dans la France moderne (Xve-XVIIIe siècles)*, Paris, Flammarion.

3) En nuestro medio académico se discute la pertinencia “del eje vertical” respecto de la significación de los textos literarios. ¿Cuál sería su categoría de análisis y en qué grado evitaría la autoridad y la apropiación de un sentido único por parte de la crítica?

Pienso que una comprensión plenamente histórica de los textos o los géneros literarios implica tres exigencias. En primer lugar evitar una proyección retrospectiva y anacrónica de nuestras propias categorías sobre obras que fueron escritas y recibidas según criterios muy diferentes. Por ejemplo, no puede emplearse la misma definición de la literatura antes o después de este momento fundamental situado entre los siglos XVIII y XIX, cuando se establecieron simultáneamente, el concepto jurídico de la propiedad literaria y la identidad estética que lo fundamentó (lo que Paul Bénichou designa como “la consagración del escritor” o “*le sacre de l'écrivain*”).⁶ Antes de esta doble ruptura la “literatura” no existe, pero sí las obras que tienen fines estéticos y que son despegadas de las urgencias del mundo social.

En segundo lugar, debemos pensar los textos como el resultado de una serie de decisiones y operaciones que implican una pluralidad de lugares, técnicas y actores. No hay una relación directa entre la obra tal como la concibió el autor y el texto como lo recibió su lector o espectador. Entre uno y otro existe una serie de mediaciones que movilizan las competencias de los copistas, editores, impresores, componedores (o cajistas), correctores y, en el caso del teatro, directores de compañías y comediantes. Con la transformación de las técnicas cambian los papeles pero lo que permanece es la cadena de intervenciones que permite que el texto sea dado a leer o a escuchar a sus públicos. Sus formas sobre la página resultan de este proceso que implica múltiples actores.

En tercer lugar, lo que debemos pensar es la inestabilidad de los textos y la pluralidad de sus sentidos que introduce el proceso mismo de la publicación. A la idea de un texto abstracto, único, fijo, cuyo sentido está develado por el crítico literario, tenemos que oponer la reconstrucción de las variaciones de la obra según sus diversos estados (manuscritos, impresos, orales) y la comprensión de sus compresiones variables por parte de sus diversos públicos.

⁶ Bénichou, Paul, 1973. *Le sacre de l'écrivain. 1750-1830. Essai sur l'avènement d'un pouvoir laïque dans la France moderne*, Paris, José Corti.

Entre el autor y el lector, entre la obra y la crítica debemos ubicar todos estos procesos y actores que contribuyen, cada uno en su propio papel, a la movilidad del texto y a la pluralidad de sus sentidos.

4) *Usted se ha referido en muchas oportunidades a las relaciones entre escritura y Poder –el poder de la escritura y la escritura del Poder– no sólo en relación con el Estado, sino fundamentalmente con la microestructura del poder. ¿Qué variantes advierte en las mismas si se las observa desde países centrales o periféricos? ¿Globalización y universalidad van de la mano?*

La fórmula que une el poder *sobre* la escritura y el poder *de* la escritura fue propuesta por Armando Petrucci en un artículo de los *Annales*.⁷ Define adecuadamente dos fenómenos esenciales. Por un lado, se refiere a todos los esfuerzos que intentan establecer un monopolio sobre la escritura y así asegurar una dominación sobre aquellos a quienes se les niega el derecho de escribir. En las sociedades del Antiguo Régimen, por ejemplo, tanto los medios populares como las mujeres tienen que saber leer, pero no deben tener acceso a la escritura que les sustrae al control de los dominantes. Como instrumento del poder, cualquiera sea su naturaleza (político, religioso, masculino, etc.) la escritura supone una difusión restringida, mientras que contrariamente debe difundirse la competencia de la lectura que asegura las dependencias y las obediencias.

Pero –y es el otro lado de una historia de larga duración en la cultura escrita– este poder de la escritura hace que quienes debían quedarse fuera de su conocimiento y ejercicio adquieran la posibilidad de escribir. La alfabetización de las mujeres, de las clases populares, de los colonizados, podría pensarse como la conquista difícil pero exitosa de una competencia prohibida. Esta conquista transforma todas las prácticas sociales ya que modifica las relaciones comerciales, permite la comunicación a distancia, autoriza la escritura personal y autobiográfica. A la vigilancia de las autoridades o de los poderes ejercida por las escrituras impuestas, se opone la autonomía del individuo que adquiere un mejor dominio sobre el tiempo, las relaciones con los otros y finalmente sobre sí mismo.

⁷ Petrucci, Armando, 1988. "Pouvoir de l'écriture, pouvoir sur l'écriture dans la Renaissance italienne", en *Annales E.S.C.*, págs. 823-847 (retomado en Petrucci, Armando, 1999 *Alfabetismo, escritura, sociedad*, Barcelona, Gedisa).

En relación con la pregunta me parece que podemos ubicar la tensión entre centro y periferias dentro de este mismo modelo construido para pensar las relaciones entre poderes y súbditos, dominantes y dominados, hombres y mujeres, colonizadores y colonizados.

5) *En relación con la pregunta previa nos interesaría avanzar sobre la categorización de Pierre Bourdieu, respecto de campo intelectual-campo de poder. ¿Cuál es su apreciación al respecto?*

En primer lugar debemos recordar que el concepto de “campo” fue propuesto por Pierre Bourdieu contra dos perspectivas totalmente opuestas: por un lado, una concepción idealista de la creación estética que la autonomiza de cualquier determinación social, pensándola como un gesto desinteresado y libre y, por otro lado, una visión inmediatamente sociológica de la literatura o del arte que supone una relación directa, mecánica, entre el origen y la condición social de un autor o un artista y el sentido de su obra. El concepto de “campo estético” o “campo intelectual” introduce una mediación entre el mundo social y las obras y, por lo tanto, conduce a pensar que éstas son producidas en un espacio que tiene sus reglas, sus apuestas y sus jerarquías propias. Dentro de estas apuestas la más importante se remite a la delimitación misma del campo y a las luchas para atribuirse la legitimidad para trazar tales fronteras, es decir para decidir quién merece estar considerado como autor, artista o intelectual, y quien no lo merece.

En su libro *Las reglas del arte*⁸, Pierre Bourdieu sitúa la aparición de un “campo literario” propiamente dicho solamente en el siglo XIX, con la polarización entre dos prácticas de la escritura: el “arte por el arte” y la “literatura industrial”. Este diagnóstico obliga a los historiadores de la época moderna a definir de una manera original las condiciones de la creación literaria antes de la cristalización del campo literario. ¿Debemos considerar que la competencia entre las formas casi corporativas de la República de las Letras, las coacciones y los provechos implicados por el mecenazgo y el desarrollo del mercado de la producción impresa esbozan el espacio y las estructuras de un campo antes del campo? O bien ¿debemos pensar que

⁸ Bourdieu, Pierre, 1995. *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*, Barcelona, Anagrama.

una cierta autonomía de la creación estética se ubica, paradójicamente, dentro de las dependencias impuestas por el patronazgo monárquico, principesco y aristocrático, y que es dentro del “campo del poder” donde aparece la “literatura”? Los libros de Alain Viala⁹ y Christian Jouhaud¹⁰, los estudios que dediqué a la producción teatral en los siglos XVI y XVII demuestran cómo pueden utilizarse los conceptos de Bourdieu, a la vez con respeto y libertad.

6) Cuando se habla en distintos registros y niveles de la “crisis” del libro (por pérdida, exceso, corrupción o bien, por el apogeo de la cultura digital) ¿por qué su insistencia en trabajar sobre este “soporte” o “artefacto” de nuestra cultura, sobre sus mecanismos de recepción y la historia de la lectura?

Por dos razones. La primera es que como historiadores no podemos entender el sentido de los textos del pasado, cualquiera sea su género, sin prestar atención al soporte en el que fueron escritos, transmitidos y apropiados. El libro no es el único, por supuesto, y tenemos que reconstruir las diversas modalidades de la oralidad que aseguraron tanto la transmisión de textos nunca escritos como la difusión, por medio de la voz, de textos manuscritos o impresos. Más allá de esto, dentro de la cultura escrita misma, el libro no constituye sino uno de los soportes posibles de la escritura y es sólo un tipo particular de objeto impreso. Por ende, debemos evitar una ilusión retrospectiva que haría considerar que la historia del libro abarca a todas las formas de la comunicación textual.

Sin embargo, antes y después de la invención de Gutemberg; el libro, definido en el sentido moderno de un objeto compuesto por cuadernos, hojas y páginas encuadernados juntos, ha sido un vehículo esencial de los saberes y los placeres. En sus diversas formas, desde el pliego suelto hasta el in-folio, difundió dentro de las sociedades europeas la Palabra sagrada y sus comentarios, el conocimiento del pasado y de la naturaleza, las creaciones estéticas y las guías para las prácticas de lo cotidiano. Estos múltiples roles

⁹ Viala, Alain, 1985. *Naissance de l'écrivain. Sociologie de la littérature à l'âge classique*, Paris, Editions de Minuit.

¹⁰ Jouhaud, Christian, 2000. *Les pouvoirs de la littérature. Histoire d'un paradoxe*, Paris, Gallimard.

justifican, me parece, que estudiemos con precisión y rigor las condiciones técnicas y económicas de la producción libresca, la relación entre las formas impresas, los géneros textuales y las maneras de leer.

La segunda razón es que el tema de la “crisis del libro” no debe engañarnos. Lo más probable durante las próximas décadas (quizás más) es que haya coexistencia entre diversos soportes de lo escrito. En relación con ciertos textos (largas novelas, obras históricas, ensayos, etc.) el libro en su forma clásica procura posibilidades que no ofrece la textualidad electrónica. Esta parece bien adecuada a toda la lectura discontinua que busca datos, fragmentos, citas. Es la razón por la cual algunas enciclopedias (la *Encyclopedia Britannica* o la *Encyclopedia Universalis*) tienen ya sólo una edición numérica. Pero para las lecturas continuas que suponen la identificación de la obra como tal y una relación íntima y durable con el texto leído, el libro que es más manejable que el ordenador (inclusive si se vuelve “e-book”), que no se quiebra si se cae y que no cansa los ojos del lector, me parece que tiene asegurado un feliz porvenir. Alguien dijo que si el libro de papel hubiese sido inventado después de la computadora sería considerado como un importante progreso... Es otra razón para trabajar sobre esta maravillosa invención.

7) *A pesar de su reconocimiento del uso compartido de figuras retóricas, géneros y poéticas, por parte de la Literatura y la Historia, Ud. polemiza con Hayden White. ¿Cuáles serían sus diferencias dentro del campo historiográfico y la caracterización del referente de lo representado?*

La diferencia fundamental entre la perspectiva de Hayden White¹¹ (cuyos aportes reconozco sin restricciones) y la mía, radica en la concepción que tenemos de la “operación historiográfica”. Para él, esta operación se identifica con la escritura histórica que moviliza las figuras retóricas y las fórmulas narrativas que son también las de los relatos de la ficción. De ahí, su aporte fundamental que condujo (o debería conducir) a los historiadores a aclarar las estructuras que rigen sus maneras de construir sus narraciones y elegir entre diversos registros de la escritura (metafórico, irónico, etc.). De ahí

¹¹ White, Hayden, 1992. *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica; 1992. *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación*, Barcelona, Paidós.

también, para mí, sus límites, ya que considera que no existe ninguna dependencia o relación entre estas formas de la escritura histórica y el pasado tal como fue. Si bien la historia produce un conocimiento, este conocimiento pertenece al mismo orden, al mismo registro que el conocimiento procurado por un mito o una novela. Y si pueden establecerse diferencias y jerarquías entre los relatos históricos, éstas no tienen nada que ver con una adecuación más o menos fuerte entre el discurso y su objeto.

No comparto esta posición. Me parece que no podemos olvidar que la historia está gobernada por una “intención de verdad” (como escribe Paul Ricoeur), que ella despliega operaciones diversas para cumplir tal intención, y que estas operaciones técnicas no se reducen a la escritura. Michel de Certeau (quien como Hayden White hizo hincapié en la dimensión de la escritura de la historia) designaba las operaciones que aseguran un estatuto “científico” (la palabra es suya) al conocimiento histórico, como “la posibilidad de establecer un conjunto de *reglas* que permitan ‘controlar’ *operaciones* proporcionadas a la *producción* de objetos determinados”.¹² En esta cita cada palabra es importante: “*producción* de objetos determinados” remite a la construcción de un objeto por parte del historiador, y rechaza la idea según la cual el pasado sería constituido por sí mismo como objeto científico; “*operaciones*” indica que la investigación histórica supone técnicas específicas (tal como la construcción de los datos, la elección de un método para analizarlos o los procedimientos de la validación), y “*reglas*” inscribe la producción historiográfica en el orden de un conocimiento verificable y objetivo.

El historiador define el referente de su discurso como presente en el pasado y ausente en el presente, como habiendo sido y como no siendo más. Para Ricoeur, esta tensión no debe hacer abandonar sino reforzar la “intención de verdad” que gobierna cada nivel de la operación historiográfica: la crítica de los documentos, las modalidades de la explicación y, finalmente, la representación del pasado. Añade: “cuando deseamos señalar la diferencia entre ficción e historia, inevitablemente nos referimos a la idea de una cierta correspondencia entre nuestro relato y lo que realmente ocurrió. Al mismo tiempo somos bien conscientes de que esta reconstrucción es una construcción distinta del curso de los acontecimientos relatados. Es por

¹² De Certeau, Michel, 1993. *La escritura de la historia*, México, Universidad Iberoamericana.

esto que muchos autores rechazan correctamente el término ‘representación’ que parece estar contaminado por el mito de una reduplicación de la realidad por medio de la imagen que construimos. El problema de la correspondencia con el pasado, sin embargo, no se elimina por este cambio de vocabulario”.¹³

El problema de esta “correspondencia” no se limita a las formas y a las figuras de la escritura de la historia, sino que nos obliga a reflexionar sobre las relaciones que mantiene con lo real, ya que, como escribe de Certeau, “la historiografía (es decir historia y escritura) lleva inscrita en su nombre propio la paradoja –y casi el oxímoron– de la relación entre dos términos antinómicos: lo real y el discurso”. Debemos ahora considerar esta relación problemática, paradójica, que liga historia y “grafía”, saber y narración, desde el doble punto de vista de la poética de la escritura y de la epistemología del conocimiento.

8) *Dado que el lenguaje no es un medio neutro ni transparente, ¿qué perspectivas reconoce Ud. para las futuras investigaciones del llamado “sector pesado” de la Historia (Historia económica y social), y aquellos intentos de despersonalizar la escritura de la Historia, poniendo énfasis en los procesos, en lo serial y en la estadística?*

Es menester evitar las falsas oposiciones. Hacer hincapié en la dimensión simbólica e interpretativa de todos los fenómenos históricos no implica olvidar las estructuras, interdependencias y procesos que rigen las posiciones y los recursos de los individuos o los grupos. Poner énfasis en las modalidades de la apropiación de los discursos u objetos no significa olvidar las desigualdades que las gobiernan. Para mí, la historia cultural es social, por definición.

No debe interpretarse la crítica opuesta al uso (o abuso) de las técnicas estadísticas para el estudio de las prácticas culturales, como un rechazo de la necesidad de reconstruir las coyunturas de las producciones, de dibujar un mapa de la circulación de los objetos culturales, de medir las recepciones. La ilusión de la historiografía francesa (ilusión que compartí durante cierto tiempo) era pensar que las series y las estadísticas indicaban por sí mismas los pensamientos y las creencias, olvidando así el poder inventivo de la

¹³ Ricoeur, Paul, 1995. “La realidad del pasado histórico”, en *Historia y grafía*, 4, pags. 183-210.

apropiación. Por ejemplo, la reconstrucción de la coyuntura de la producción libresca o de las desigualdades que caracterizan la posesión de los libros, no da acceso directo a la diversidad de las prácticas de lectura ni a las comprensiones diversas de los mismos textos. Sin embargo, una historia de la lectura supone esta reconstrucción que define las condiciones de la presencia de la cultura impresa dentro de una sociedad particular.

El problema planteado a la historiografía contemporánea no es, no debe ser la sustitución de la historia económica y social por una historia cultural vagamente definida. Es el de la articulación correcta entre las dos raíces de la historia erudita y crítica: por un lado, las técnicas de la hermenéutica que permiten descifrar los sentidos múltiples de los textos (y después de las conductas), por otro lado, las técnicas estadísticas, esta “lengua de los cálculos” como escribía Condillac, que establece la regularidades que rigen los procesos sociales.

9) *En el prólogo a Cultura escrita, literatura e historia¹⁴ usted se refiere, a propósito de la tarea interdisciplinaria, a las “restricciones transgredidas” y a las “libertades restringidas”. ¿Cómo entienden dichos cruces?*

Tanto para la creación estética o intelectual como para las prácticas de lo cotidiano este cruce me parece fundamental. Por un lado, indica que nunca las coacciones se imponen totalmente a los individuos. Aún cuando están dominados son capaces de apropiarse de una manera inventiva, de los dispositivos (reglas, disciplinas, textos, etc.) que intentan someterlos. La interpretación de los textos o imágenes, el uso de los espacios, la distancia tomada en relación con la dominación, cualquiera que ésta sea (colonial, masculina, social) son figuras de esta capacidad de invención (y algunas veces subversión) siempre mantenida dentro del sometimiento. De ahí, la expresión de “restricciones transgredidas”.

Pero, por otro lado, debemos reconocer que la apropiación misma está gobernada por los recursos que cada individuo, comunidad o clase pueden movilizar. El espacio de la invención no es idéntico para todos. Depende de factores múltiples: la posición socio-económica, la competencia cultural, el acceso a la información. De ahí, la fórmula de “libertades restringidas”.

¹⁴ Roger, Chartier, 1999. *Cultura escrita, literatura e historia. Coacciones transgredidas y libertades restringidas. Conversaciones de Roger Chartier*, México, F.C.E.

Este modelo de comprensión me parece útil para evitar una oposición estéril entre una posición que considera que las determinaciones sociales no dejan ninguna posibilidad de apropiación inventiva a los individuos, y una posición idealista que ignora los constreñimientos que rigen desigualmente la capacidad para distanciarse de los instrumentos que deben asegurar su sometimiento.

Es el modelo que Michel de Certeau designaba a través de la tensión entre estrategias y tácticas. Podemos utilizarlo para comprender la lectura como una práctica inventiva que da a un texto sentidos originales, inesperados por su autor o su editor. Pero debemos también identificar las competencias, las convenciones y los hábitos, que para cada comunidad de lectores limitan su apropiación de la cultura escrita. Todo el proyecto de una historia de la lectura se ubica dentro de esta perspectiva e ilustra, a partir de una práctica particular, la tensión más general entre coacciones y libertades.

10) En el Congreso Internacional de Ciencias Históricas celebrado en Oslo, se debatieron algunas cuestiones respecto del "status" de la disciplina y su responsabilidad como creadora de un saber comprometido o ajeno a la voz de los desfavorecidos, los vencidos y los desterrados del mundo ¿Cuál es su postura al respecto? ¿Qué relaciones puede establecer entre Historia y memoria?

El último (y magnífico) libro de Paul Ricoeur, *La mémoire, l'histoire, l'oubli*,¹⁵ permite aclarar las relaciones entre historia y memoria. Debemos empezar con una serie de diferencias que se remiten a cada una de las etapas de la operación historiográfica. Se oponen así el documento (que posiblemente no es el recuerdo de nadie) al testimonio (que supone la presencia del testigo y la confianza en su palabra); la construcción de la explicación histórica, cualquiera sea, a la inmediatez del recuerdo; la intención de representar el pasado, al deseo de encontrarlo de nuevo y reconocerlo.

La radical diferencia entre historia y memoria se hace visible en todas las tentativas para reducir una a la otra. Es el caso cuando la historia intenta neutralizar la memoria trasformándola en un objeto histórico del cual se pueden analizar las formas, temas o lugares, o al revés, cuando la memoria se rebela contra las pretensiones de la historia y se afirma como una relación más auténtica con el pasado.

¹⁵ Ricoeur, Paul, 2000. *La mémoire, l'histoire, l'oubli*, París, Editions du Seuil.

Pero, como lo muestra Ricoeur, las cosas no son tan sencillas. Por un lado, historia y memoria comparten el mismo proyecto paradójico: hacer presente una realidad desaparecida. En este sentido, las aporías de la memoria valen también para la historia. Por otro lado, es en la memoria de los testigos donde radica la certidumbre de la historia en la realidad del pasado, del cual se pretende proponer una representación controlada y adecuada.

La ambigüedad así reconocida permite volver a la primera pregunta, ya que designa la ambigüedad misma de la historia. Comprometida con el mundo que es el suyo, la historia tiene la responsabilidad (y la asumió) de transformar en sujetos históricos los desfavorecidos y vencidos ignorados por la historia tradicional. Adquirieron así derecho a la historia los medios populares, los marginados, las mujeres, los colonizados, las minorías. Al mismo tiempo, el riesgo que corre este compromiso esencial es el posible olvido de la distancia que debe separar un saber científico, crítico y controlable, de la relación con el pasado que exigen las reivindicaciones de la identidad que caracterizan nuestro mundo contemporáneo.

Tal olvido puede conducir a sustituir la representación histórica del pasado por reconstrucciones míticas, imaginadas, deseadas, más adecuadas a las aspiraciones del presente. Eric Hobsbawm subraya los riesgos de anacronismo que implica semejante postura cuando escribe: "la proyección en el pasado de los deseos del tiempo presente o en términos técnicos el anacronismo es la manera más común y fácil para crear una historia propia para satisfacer las necesidades de grupos o 'comunidades imaginarias' según la expresión de Benedict Anderson, que no son todas exclusivamente nacionales".¹⁶

11) *En su libro Pluma de ganso, libro de letras, ojo viajero,*¹⁷ precisamente en el capítulo "Obedecer y razonar", Ud. plantea (a partir de Kant) una conceptualización diferente de las categorías público-privado ¿A qué remiten una y otra y cómo se proyectarían sus campos en los actuales estudios de la vida privada?

¹⁶ Hobsbawm, Eric, 1994. "L'historien entre la quête d'universalité et la quête d'identité", en *Diogenes*, 168, pags. 52-86.

¹⁷ Chartier, Roger, 1997. *Pluma de ganso, libro de letras, ojo viajero*. México, Universidad Iberoamericana.

Retomé la distinción que introdujo Kant entre lo privado y lo público porque se funda aparentemente en una paradoja. Para él, lo público sólo puede identificarse con el uso libre y crítico de su juicio por personas privadas, mientras que considera como privado el uso de la razón que cada uno hace como súbdito de un Estado, del clero o como fiel de una Iglesia o soldado de un ejército. Por lo tanto, lo privado se remite a la fragmentación de la humanidad en una serie de “familias” (estatales, religiosas, sociales) y lo público corresponde, por lo menos tendencialmente, a la sociedad universal de los hombres. Siempre me llamó la atención esta dicotomía que sitúa dentro de lo privado lo que para nosotros sería inmediatamente lo público.

Pensé en este texto cuando organicé después de la muerte de Philippe Ariès el tercer volumen de la *Historia de la vida privada*¹⁸ que el mismo dirigía con Georges Duby. La oposición privado/público está pensada en este libro a la vez como la oposición entre esferas de vida aisladas de la existencia comunitaria –por ejemplo, las sociabilidades particulares, la vida familiar o el retiro fuera del mundo– y como momentos, lugares o prácticas sustraídas al control del Estado. Lo importante era reconocer las formas muy diferentes que podía tomar entre los siglos XVI y XVIII la experiencia de lo privado, encontrada en la convivencia amistosa, profesional o generacional, el espacio doméstico o la soledad. El juego entre estas diversas modalidades de lo privado permite evitar una reificación de la categoría y entender cómo los individuos constituyen su existencia a partir de pertenencias múltiples.

En esta perspectiva, lo público también adquiere diversos sentidos. Por un lado, designa las formas del ejercicio del poder estatal que controla, obliga, prescribe y prohíbe, por otro, se refiere en la manera de Kant a la construcción de un espacio de discusión y crítica en el que cada uno hace uso (o debería poder hacerlo) de su razón y de su juicio. En nuestro tiempo estas dos definiciones corresponden bien, me parece, tanto a la presencia más fuerte del Estado en la existencia colectiva como a las posibilidades nuevas de comunicación entre los individuos, quienes pueden ser gracias a la textualidad electrónica lectores y autores, o como escribía Kant en 1784 “miembros del gran público que lee” y “sabios”.

¹⁸ Chartier, Roger, 1989. “Del Renacimiento a la Ilustración”, vol. III, en *Historia de la vida privada*, (Dirig. Philippe Ariès y Georges Duby), Madrid, Taurus.

12) Ud. plantea en su último libro *Entre poder y placer*,¹⁹ junto a la paradoja de la historiografía (*Historia como conocimiento e historia como escritura*), dos posibilidades y dos ámbitos de lo escrito: la escritura del Poder (*administrativa, didáctica, restrictiva*) y la escritura literaria (*asociada al placer y la ficción*). ¿Cómo se verían afectadas ambas prácticas por la variación histórica?

Tanto el poder como el placer tienen formas históricas. Cuando se ligan a la escritura, estas variaciones se refieren a las técnicas de reproducción y difusión de los textos, a las distinciones entre los géneros y a las categorías de comprensión de los públicos.

Del lado del poder, lo más importante es sin duda la creciente burocratización de la administración de los espacios y poblaciones. A partir del siglo XVI el Estado se convierte en un productor de encuestas, correspondencias, informes, estadísticas y archivos, y esta evolución obliga a los súbditos a entrar en el mundo de la cultura escrita. Las relaciones con las autoridades cambian ya que requieren papeles escritos. De ahí, la importancia de los escritores públicos que escriben para los que no saben (o no saben suficientemente) y la familiaridad, inclusive de los analfabetos, con los testimonios escritos (billetes, pasaportes, cartas, etc.) que cada uno lleva consigo.

Del lado del placer, lo más importante es el incremento de la producción impresa de los géneros de ficción. Por ejemplo, en París, mientras que la mitad de la producción libresca a finales del siglo XVII estaba compuesta por libros religiosos, en la segunda mitad del siglo XVIII la literatura sustituye (con los libros de ciencias y técnicas) al libro religioso cuya importancia disminuye radicalmente. La “revolución de la lectura” tal como la perciben los contemporáneos en la segunda mitad del siglo XVIII, se nutre de los textos de placer y, en primer lugar, de las novelas. En el siglo siguiente, la “literatura industrial”, apoyada sobre la mecanización de la imprenta, asegurará la difusión masiva de las lecturas de placer dentro de los medios de los nuevos lectores: mujeres, niños, obreros.

En este momento trabajo esencialmente sobre las formas de publicación y de recepción de las obras teatrales en la Europa de los siglos XVI y XVII.

¹⁹ Chartier, Roger, 2000. *Entre poder y placer. Cultura escrita y literatura en la Edad Moderna*. Madrid, Cátedra.

Esta investigación quisiera hacer hincapié en los diversos niveles de la historicidad de las obras: historicidad de la relación entre las intrigas y el mundo social, historicidad de las condiciones mismas de la escritura y publicación de las obras, historicidad de las formas de inscripción del texto sobre la página o de su representación sobre el escenario, historicidad de las apropiaciones de las piezas por parte de diversos públicos. Dicté en 1998 una serie de tres conferencias sobre estos temas en la British Library. Espero ampliar esta investigación y publicar (en francés y español) un libro compuesto por estudios de caso ilustrando cada uno un problema particular –por ejemplo las formas de transmisión de los textos, las modalidades de su edición impresa, la diversidad de los públicos, etc. Shakespeare, Lope de Vega o Molière son buenos compañeros para semejante estudio...

13) *En varias oportunidades Ud. cita una imagen de Michel de Certeau, “al borde del acantilado”, para referirse a la crisis de la historia desde el pensamiento crítico de Michel Foucault. Desde esa postura ¿cómo definiría las categorías acontecimiento, azar, discontinuidad y series homogéneas?*

Michel de Certeau utilizó esta expresión “al borde del acantilado”, para caracterizar lo que le parecía lo más original en el trabajo de Foucault: es decir, inventar una forma de discurso capaz de dar cuenta de prácticas no discursivas. Este proyecto era también el de de Certeau que siempre estuvo interesado por las tácticas, es decir las prácticas sin discurso, que se apoderan de los diversos lugares construidos por las estrategias de los poderes e instituciones. Esto es el objeto mismo de su libro *La Invención de lo cotidiano*.

Es dentro de esta perspectiva que debemos ubicar las nociones que ustedes recuerdan. Lo importante es entender que existe una relación lógica entre la noción de serie y la de discontinuidad. Cuando Foucault en 1969, en *El orden del discurso*,²⁰ comentaba la historia dominante de los años sesenta, que era una historia estadística, serial y de larga duración de las coyunturas demográficas, económicas y sociales, la presentaba como habiendo introducido las rupturas y las discontinuidades contra la concepción filosófica tradicional de la continuidad y la necesidad del desarrollo histórico pensado de una manera hegeliana: “Las nociones fundamentales que se imponen

²⁰ Foucault, Michel, 1987. *El orden del discurso*. Barcelona, Tusquets.

ahora ya no son las de la conciencia y la continuidad (con sus problemas correlativos: la libertad y la causalidad), tampoco son ya las del signo y la estructura. Son las del acontecimiento y la serie, con el juego de nociones ligadas a ellos: regularidad, azar, discontinuidad, dependencia, transformación”. Todo su proyecto intelectual a partir de este momento consistió en un esfuerzo para pensar las series o formaciones discursivas según un mismo modelo que oponía el concepto de surgimiento a la noción de origen y la categoría de discontinuidad a la de progreso.

Las nociones de acontecimiento y de azar tienen un estatuto más problemático en la perspectiva de Foucault. Por un lado, entiende el acontecimiento de una manera totalmente diferente de la definición de los historiadores. Para él, el acontecimiento no se remite a eventos particulares que se suceden sin consecuencias, sino que designa mutaciones profundas de los sistemas de dominación o de las relaciones de poder. Por ende, el acontecimiento no está encerrado en un momento breve, no es un evento efímero tal como una batalla, sino que es el período en el que se rompe un antiguo orden y se establece uno nuevo. Corresponde así a un “nacimiento” y debemos recordar que diversos libros de Foucault utilizan la palabra en su título mismo: *Naissance de la clinique* o *Naissance de la prison* (que es el subtítulo de *Vigilar y castigar*).²¹

La categoría de azar, que viene de Nietzsche, es aún más problemática. La entiendo como una manera de sustraer el desarrollo histórico al modelo teleológico que da un sentido a la historia, que supone la necesidad de una evolución, y que encierra el proceso histórico dentro de su origen. Introducir la idea del azar es una manera de quebrar estas certidumbres.

14) *Ud. ha relacionado la clasificación de Vico, respecto de las edades de la Historia, con diferentes tipos de lenguaje, tropos particulares y estructuras políticas específicas. ¿Cómo se establecería esta relación?*

Comenté en uno de mis ensayos algunos capítulos del libro de Vico, *La Scienza nuova*,²² publicado en 1725 (que es un texto muy difícil) porque me parece que plantea un tema que los historiadores del siglo XXI deben

²¹ Foucault, Michel, 1976. *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, México, Siglo XXI.

²² Vico, Giambattista, 1995. *Ciencia nueva*, Madrid, Tecnos.

profundizar. ¿Cómo pensar las relaciones entre los tipos de lenguaje, las estructuras políticas y las modalidades de transmisión de lo escrito? Más allá de la perspectiva de Vico, que diferencia tres edades en que se vinculan estrechamente formas de ejercicio del poder (monárquico, aristocrático, democrático) y formas de escritura (jeroglíficos, símbolos, escritura alfabética), lo importante es medir el efecto sobre las modalidades de organización política y las relaciones sociales de las diversas formas de inscripción y reproducción de la palabra escrita. De ahí surgen cuestiones múltiples: ¿Cuál fue la importancia de la invención de la imprenta cuyos efectos son quizás más limitados y lentos de lo que pensamos? ¿Cuáles son las mutaciones mentales y sociales que introduce la textualidad numérica? ¿Cómo definir la relación entre las formas sucesivas de la escritura y la naturaleza de sus vehículos? Estos interrogantes se encuentran en el centro de las obras de Jack Goody,²³ Walter Ong²⁴ o Henri-Jean Martin,²⁵ que nos obligan a pensar las articulaciones entre las producciones simbólicas y las formas materiales que son sus soportes.

15) En la tercera parte de Entre poder y placer,²⁶ Ud. se detiene en ciertas prácticas de la sociabilidad. Dentro del contexto de dominación y dominación simbólica Ud. particulariza el caso de las mujeres. ¿Cómo ve la relación hombre-mujer en las actuales circunstancias y cuál es su opinión respecto de la mujer en el Antiguo Régimen y durante y después de la Revolución Francesa?

Más allá de su importancia propia, la historia de las mujeres o, mejor dicho, de las relaciones entre los sexos plantea una cuestión fundamental para cualquier tipo de historia: ¿cómo articular la construcción del mundo social por los discursos, con la construcción social de los discursos? Por un lado, tenemos que considerar que la dominación masculina se establece a partir de las representaciones colectivas que definen los roles sociales, los espacios y los poderes propios a cada uno de los sexos y a partir de los discursos (e imágenes) que deben asegurar la dominación de unos y la dependencia de otras. Si la dominación masculina es una forma de la

²³ Goody, Jack, 1990. La lógica de la escritura y la organización de la sociedad, Madrid, Alianza.

²⁴ Ong, Walter, 1982, *Oralidad y escritura*, México, Fondo de Cultura Económica.

²⁵ Martin, Henri-Jean, 1988. *Histoire et pouvoir de l'écrit*, Paris, Librairie Académique Perrin.

²⁶ Chartier, Roger. *Entre poder y placer*, Ob. Cit.

dominación simbólica es porque se fundamenta en la interiorización por parte de los dominantes y las dominadas, de la evidencia y la legitimidad de los principios que justifican y perpetúan la desigualdad. En este sentido, puede decirse que los discursos construyen y reproducen el mundo social.

Pero, por otro lado, estos discursos se remiten a sus condiciones de posibilidad y a los intereses que justifican y protegen. Y es justamente porque expresan intereses que pueden fisurarse. En la doble forma de reivindicaciones explícitas o de distancias tomadas dentro del consentimiento, se plasmaron a partir de la Edad moderna representaciones diferentes de los roles femeninos que, finalmente, la sociedad (y dentro de ella los hombres) reconoce como legítimos.

Esta evolución no fue ni lineal ni necesaria. Por ejemplo, la Revolución Francesa que excluyó a las mujeres de la ciudadanía en el momento mismo en que la fundaba y que prohibió su actividad política, puede estar considerada como un retroceso en relación con los papeles desempeñados por las mujeres en el Antiguo Régimen. Y sabemos todos cuán lenta fue la conquista por las mujeres de los derechos políticos, de una (todavía incompleta) igualdad con los hombres en el mercado del trabajo o de un reconocimiento intelectual y académico. Es claro, sin embargo, que la perpetuación de la dominación masculina no se expresa en formas idénticas en los siglos XVIII o XXI. Contra una visión que supone la inmovilidad inexorable de las desigualdades, tenemos que identificar las evoluciones de los discursos y las prácticas. Contra una visión opuesta que subestima las resistencias a los cambios, tenemos que recordar la inercia de las representaciones colectivas y la fuerza sutil de la violencia simbólica. Para cada una de estas exigencias puede ser útil el trabajo histórico.